

Clase, Estado y poder

Göran Therbon*

Una línea de demarcación

¿Qué tipo de relación existe entre, por un lado, las clases sociales –que se definen fundamentalmente por su posición dentro de la economía-, y, por el otro, el ejercicio del poder político a través del Estado? ¿Existe una clase dominante en este o en aquel país? Si existe, ¿cuál es esa clase? ¿Cómo ejerce su dominación? ¿Cómo puede perder su poder? La última de estas preguntas plantea complejos problemas de predicción y estrategia, pero las demás parecen francamente sencillas y sin complicaciones. La verdadera dificultad surge cuando tratamos de darles respuesta. Si damos de lado los prejuicios de índole ideológica, nos encontramos con que la cuestión que aquí se debate parece ser la famosa cuestión del método científico. Este ensayo pretende ser, de hecho, una contribución metodológica al análisis de determinados problemas cruciales, científicos y políticos, en torno a las clases, el Estado y el poder.

Los debates acerca de estas cuestiones han dado origen a una amplia e intensa polémica. Pero ¿cómo podemos estar seguros de que las respuestas que se han dado a estas interrogantes son auténticamente diferentes? A partir 'de lo que sabemos sobre “paradigmas” y “problemáticas”, ¿no sería un poco ingenuo suponer que los autores envueltos en la polémica, cuya preparación política y científica es extremadamente diversa, están refiriéndose a los mismos problemas, aun cuando utilicen las mismas o similares palabras?

En un examen más detenido se comprueba que ésta sería una suposición injustificada, pero nuestro propósito aquí no es presentar una revisión crítica de esa hiperabundante bibliografía, sino bosquejar un conjunto de interrogantes y proponer métodos para darles respuesta. No adoptaremos un enfoque nuevo y original, sino que

* En Therbon, Göran, *¿Cómo domina la clase dominante?. Aparatos del estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo*, Segunda parte: El poder estatal. A propósito de la dialéctica de la dominación de clase, Cap. I, Siglo XXI, Mexico, 1982. pp. 151-193.

seguiremos más bien un método bien conocido y experimentado, con la esperanza de aplicarlo con más rigor que en el pasado. Pero antes de empezar es necesario que tracemos una clara línea de demarcación entre éste y otros tipos de cuestiones.

Prescindiendo de problemas y distinciones más sutiles, podemos identificar tres enfoques básicos para el estudio del poder político. El más conocido, con mucho se centra en la pregunta *¿quién tiene el poder?* En este enfoque se plantean cuestiones como: ¿quién gobierna este, país? ¿Quién domina en América? ¿Domina realmente alguien esta comunidad?¹. A este enfoque podemos llamarlo *subjetivista*, en el sentido de que trata de localizar al sujeto del poder. Evidentemente, en él está implícita otra pregunta ulterior: ¿cuántos tienen el poder? ¿Unos pocos o un grupo numeroso? ¿Un conjunto de familias unidas, una élite institucional de personas que toman las decisiones fundamentales o grupos rivales? ¿Todos o nadie -en: concreto? En torno a esta problemática común pueden proponerse muchos análisis y soluciones diferentes. En el caso de Estados Unidos podemos decir que ha surgido una animada polémica a propósito de los métodos y las conclusiones de la investigación. El debate entre los teóricos del “pluralismo” de “la élite del poder”, y de “la clase dominante” no parece, desde luego, tener fin².

Sin salir en lo esencial del marco de la ideología política liberal o, por lo menos, de la teoría política liberal³, esta polémica acepta como punto de partida la concepción liberal de la democracia, y se dedica a investigar si las manifestaciones contemporáneas de la democracia en Estados Unidos se corresponden o no con unas normas ideales.

¹ Véase, por ejemplo, Robert Dahl, *Who governs? Democracy and power in an American city*, New Haven, 1961; W. Domhoff, *Who rules America?*, Englewood Cliffs, 1967 [*¿Quién gobierna Estados Unidos?*, México, Siglo XXI, 1969]; N. Polsby, “How to study community power: the pluralist alternative”, en *Journal of Politics*, vol. 22, 1960.

² El combate metodológico se ha librado, sobre todo, en las páginas de la *American Political Science Review* (APSR). Puede obtenerse una visión general del volumen colectivo compilado por R. Bell, D. Edwards y H. Wagner, *Political power*, Nueva York, 1969. Un trabajo europeo anterior, realizado desde una perspectiva liberal pluralista, es el de R. Aron, “Classe sociale, classe politique, classe dirigeante”, en *Archives Européennes de Sociologie* 1960, 2, pp. 260-82. En 1971, la APSR publicó un nuevo debate entre F. Frey y R. Wolfinger (vol. 65, pp. 1081-1104). Por lo que respecta a los teóricos “elitistas” radicales (así llamados no porque sean elitistas, sino porque creen que el elitismo es la doctrina prevaleciente), entre sus escritos más importantes podemos citar: P. Bachrach y M. Baratz, *Power and poverty*, Nueva York, 1970; S. Lukes, *Power, a radical view*, Londres, 1974. En un número especial de la revista norteamericana *The Insurgent Sociologist*, “New directions in power structure research” (comp. W. Dornhoff), 1976, se describe y expone la metodología de la escuela de Domhoff. Entre las principales aportaciones a la polémica fundamental, están las siguientes: a) desde un punto de vista elitista: F. Hunter, *Community power structure*, Chapel Hill, 1953; C. W. Mills, *The power elite*, Nueva York, 1956 [*La élite del poder*, México, FCE, 1957]; W. Dornhoff, *op. cit.*, 1967, y otros trabajos posteriores, más especializados; M. Creson, *The un-politics of air pollution*, Baltimore, 1971; y R. Miliband, *The state in capitalist society*, Londres, 1969 [*El Estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI, 1970], libro que, aunque tiene su origen en una tradición de investigación marxista, cae, en lo esencial, dentro de esta categoría; y b) desde el punto de vista pluralista: D. Riesman y otros, *The lonely crowd*, Nueva York, 1953 [*La muchedumbre solitaria*, Buenos Aires, Paldos, 1968]; R. Dahl, *op. cit.*, y *Pluralist democracy in the United States: conflict and consent*, Chicago, 1967; y una obra que sigue esta línea: A. Giddens, *The class structure of the advanced societies*, Londres, 1973.

³ C. Wright Mills, por ejemplo, fue, incuestionablemente, un liberal radical, pero hay otros especialistas, como Lukes o Miliband, que parten de premisas de la teoría política liberal sin adherirse políticamente al liberalismo.

El segundo enfoque goza de mucha menor aceptación fuera de unos pocos ambientes académicos altamente especializados. Se interesa fundamentalmente, como el hombre de negocios, por el ¿cuánto?; es decir, ¿cuánto poder? Insiste en el “poder para” antes que en el “poder sobre”, y en el intercambio y la acumulación de poder antes que en su distribución. Dado que el análisis del poder político se basa, en éste caso, en alguna de las variantes de la teoría económica liberal –la microeconomía marginalista de los libros de texto (Buchanan-Tullock, Downs), la teoría del desarrollo económico (Huntington) o el análisis económico liberal actual más refinado (Coleman, Hernes)-, podemos denominar *económico* a este enfoque⁴. Sus variantes microeconómicas se inscriben en un marco, muy parecido al de los subjetivistas más rigurosos. El poder se estudia, considerando las preferencias, las alternativas, las opciones, y así sucesivamente. En realidad, algunos, de los teóricos “económicos” también se interesan en la cuestión del “poder sobre”.

El enfoque *materialista histórico*, marxista, es profundamente distinto. A diferencia de los otros dos, su punto de partida no es “el punto de vista del actor”, sino los procesos sociales de reproducción y transformación. Si hubiera que resumirlo, como a los otros, en una sola pregunta, ésta podría ser: ¿cuál es el carácter del poder y cómo se ejerce? Por consiguiente, el modo de investigación materialista histórico busca definir, antes que nada, la naturaleza del poder, y no su sujeto o su cantidad. Esto es lo que se refleja en la escandalosa pregunta del marxismo-leninismo: democracia, ¿de qué clase? Dictadura, ¿de qué clase? El propio *El capital* no fue escrito primariamente para descubrir “quiénes son los ricos y quiénes son los pobres”, ni para tratar de calcular la magnitud de la riqueza existente. Lo que primariamente se propuso Marx fue poner al descubierto “las leyes económicas de las transformaciones de la sociedad moderna”, mostrar cómo se (re)producen y cambian la riqueza y la pobreza, la dominación y el sometimiento. Por consiguiente, el punto central de su análisis no era ni la propiedad ni los propietarios, sino el *capital*, es decir, unas relaciones de producción históricamente específicas, ligadas de una determinada manera con las fuerzas productivas, el Estado y el conjunto social de ideas.

Este enfoque tiene importantes implicaciones que conviene aclarar desde el principio. Los marxistas se interesan por la relación entre las clases y el poder del Estado a causa de una razón muy concreta. Para ellos el Estado es una institución material,

⁴ Parsons, “On the concept of political power”, en *Sociological theory and modern society*. Nueva York, 1967; S. Huntington, *Political order in changing societies*, New Haven, 1968; A. Downs, *An economic theory of democracy*, Nueva York, 1957; J. Buchanan y G. Tullock, *The calculus of consent*, Michigan 1962; J. Coleman, *The mathematics of collective action*, Londres, 1473; y G. Hernes, *Makt og avmakt*, Oslo, 1975.

separada, que funciona como punto nodal de las relaciones de poder existentes dentro de la sociedad. El Estado en cuanto tal no posee poder alguno es una institución en la que se concentra y ejerce el poder social⁵. De acuerdo con los axiomas del materialismo histórico, el Estado y las clases se condicionan mutuamente; donde no hay clases, no hay Estado. Además en las sociedades de clases las relaciones sociales son, primero y principalmente, relaciones de clase. De ahí que por definición, todo Estado tenga un carácter de clase y toda sociedad de clases una clase dominante (o bloque de clases dominantes). Dicho con otras palabras, el discurso marxista no tiene nada que ver con el debate subjetivista sobre la existencia o inexistencia de una clase dominante. Si busca identificar la clase dominante y el carácter de clase del poder del Estado es para descubrir las estructuras y relaciones sociales características que, con preferencia a cualesquiera otras, promueve y protege la fuerza material del Estado, y para determinar las condiciones bajo las cuales pueden ser cambiadas o abolidas. El carácter de clase de un Estado determinado no se refiere necesariamente a quién mueve las cuerdas entre bastidores, sino al efecto sobre la sociedad de las acciones del Estado, y pone de manifiesto, por consiguiente, quién es la clase dominante en esa sociedad. De ahí surge la cuestión de cómo se enraíza y mantiene esa dominación de clase y cómo puede ser derrocada⁶.

... y su justificación

En un discurso científico las líneas de demarcación deben ser trazadas haciendo referencia a normas de procedimiento. Pues bien, aunque el enfoque que el materialismo histórico da al poder político, constituye una problemática específica, puede ser comparado con los otros dos en lo que respecta a su valor analítico. A este propósito podemos estudiar los tres desde la perspectiva amplia y general del “poder para” y “poder sobre”. Es posible, naturalmente, que las aportaciones individuales al análisis se basen en evidentes distorsiones ideológicas, pero se puede decir que el fallo fundamental de los dos enfoques!, no marxistas radica en que no captan sus propias limitaciones. Además, sus logros se refieren a concreciones y casos especiales de la problemática general, más amplia, del materialismo histórico y son susceptibles, por tanto, de ser incorporados por éste.

⁵ Este aspecto ha sido subrayado y elaborado en las importantísimas obras de Nicos Poulantzas: *Political power and social* (Londres, Londres, NLB, 1973) y *Classes in contemporary capitalism* (Londres, NLB, 1975) [*Poder político y clases sociales*, México, Siglo XXI, 1969, y *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI, 1976].

⁶ Véase la introducción de los autores al libro de J. Fabre, F. Hincker y L. Séve, *Les communistes et l'état*, París, 1977, obra de gran interés teórico y de gran importancia política; y las intervenciones de François Hincker en el debate sobre “*Crise du capitalisme crise de la société, crise de l'Etat*”, en *La Nouvelle Critique*, febrero de 1977.

El problema del “poder para” suscita la pregunta: ¿poder para qué? Naturalmente, es importante identificar y cuantificar el abanico de sujetos políticamente influyentes y valorar los recursos de poder de un determinado Estado. (Para ilustrar lo que decimos con un ejemplo extremo, y que algunas veces han menospreciado, trágicamente, bastantes marxistas, hay que distinguir, evidentemente, entre una democracia competitiva y una dictadura fascista o una oligarquía oscurantista, y esto aunque las tres sean manifestaciones del poder de clase burgués.) Ahora bien, una vez hemos localizado quiénes son el sujeto o sujetos más influyentes del poder, tropezamos con otro problema, que podemos indicar con las siguientes interrogaciones: ¿qué hace este sujeto del poder con su poder? ¿Cómo gobiernan los gobernantes? ¿A dónde dirigen los dirigentes a los dirigidos? En las exposiciones no marxistas toda esta gama de preguntas es pasada por alto o se la trata de un modo claramente inadecuado. No caricaturizaríamos mucho si dijéramos que el debate pluralismo/elitismo se reduce a la siguiente oposición: “Mira, el poder está en manos de muchos, eso es bueno” o “No, mira, el poder, está en manos de pocos, eso es malo”.

La respuesta inmediata a la pregunta: “¿poder para qué?” es “poder para realizar los propios intereses”, o, para decirlo desde la panglossiana concepción del mundo de Talcott Parsons, “el interés la eficacia de la actividad colectiva en su conjunto”⁷. A la vista de la enorme variedad de formas y sistemas de poder que registra la historia, no es fácil considerar satisfactoria esta respuesta. El concepto utilitario de “interés” no parece tener un significado empírico preciso más que dentro de una determinada forma social y desde una perspectiva temporal concreta. ¿Cuáles son, por ejemplo, los intereses de un dictador militar o fascista, o los de un jefe de gobierno democrático? A corto plazo permanecer en el poder, podría contestarse, pero ¿aclara eso, de verdad, el problema? Análogamente, aunque los modelos marginalistas de la microeconomía puedan proporcionarnos una descripción de las transacciones del mercado, nos sirven de poco para ayudarnos a comprender la aparición y la dinámica del capitalismo, o la mecánica de la acumulación capitalista y de sus crisis⁸.

Al ignorar o evadir el problema del “poder para”, los enfoques no marxistas tienden a ser incapaces de dar cuenta del cambio social histórico. Es sintomático que los teóricos clásicos del elitismo, que realmente reflexionaron bien sobre las consecuencias de sus análisis, sostuvieran que la sociedad no cambiaba básicamente en absoluto. Esto es aplicable a todos ellos: Gumplowicz, Mosca, Pareto, Michels. Como alternativa al cambio, ellos describen un ciclo eterno de aparición, dominación, degeneración y caída de las élites,

⁷ Parsons, *op. cit.*, p. 308.

⁸ Véase mi “*Ekonomiska system: vetenskap och ideologi*”, *Klasser och ekonomiska system*, Staffanstorp, 1971.

y tienden a reducir, en último término, el pueblo y la sociedad a biología⁹. Pero aunque los hombres son, desde luego, organismos biológicos, es un hecho evidente que la sociedad humana ha cambiado en el curso del tiempo y ha adoptado una serie de formas diferentes. La tarea de la ciencia social debe ser analizar esas variantes históricas y sus procesos de transformación, y esta tarea no podrá cumplirse si se toman como punto de partida la psique, la voluntad y los intereses de los sujetos del poder. Hay que poner a estos sujetos en relación sistemática con el contexto histórico social en el que dominan. Es esto, y no el descubrimiento de oscuras conspiraciones, lo que interesa al marxismo.

Desde el punto de vista del materialismo histórico, las clases son portadoras de determinadas relaciones de producción. Por ello, identificar a la burguesía como clase dominante supone localizar el poder del Estado dentro de la matriz de la dinámica y las contradicciones del capitalismo, tal y como aparece, con sus tendencias, posibilidades y problemas específicos, en una fase y en una coyuntura dadas. Análogamente, cada gobierno está en relación con una determinada clase dominante, –dentro de una matriz histórico-social específica, que circunscribe lo que hace el Estado y determina las posibilidades de cambio.

Desde un cierto punto de vista puede decirse, por consiguiente, que los análisis no marxistas se ocupan implícitamente de una serie de importantes especificaciones de la dominación de clase; pero, desde otro, parecen ocuparse *de facto* de un caso especial de esa dominación de clase. Esta distinción se verá claramente al examinar un aspecto del “poder sobre”. ¿Se interrelacionan los diferentes momentos de la dominación de los sujetos del poder? ¿Debemos pensar que, el poder social es aleatorio y amorfo cuando no procede de un sujeto del poder unificado, como puede ser un grupo o un individuo autocráticos, o un colectivo social consensual? Si no es así, ¿cómo debe estudiarse la relación y cómo puede comprenderse?

El debate occidental contemporáneo entre los teóricos del pluralismo y del elitismo se ha centrado en el problema secundario de si existe o no una relación *interpersonal* entre los diferentes momentos del ejercicio del poder dentro de la sociedad. ¿Están unidos por una élite cohesiva que toma todas las decisiones, importantes en las áreas fundamentales? ¿Se trata, por el contrario, de un poder -para la toma de decisiones, fragmentado entre grupos con, poca o ninguna relación entre sí? Semejante formulación de la cuestión ignora efectivamente el hecho de que la fragmentación interpersonal de la toma de decisiones no

⁹ Véanse los detalles y puntualizaciones de esta afirmación en G. Therborn *Science, class and society*, Londres NLB, 1976, capítulo 4, parte III [trad. prevista: Madrid. Siglo XXI].

implica necesariamente que la estructura de los acontecimientos sea aleatoria o amorfa. Por el contrario, un supuesto básico, y al parecer legítimo, de la ciencia social es que todo lo que ocurre dentro de la sociedad humana sigue ciertos patrones y es, por consiguiente, susceptible de ser comprendido recurriendo al análisis científico. Las aportaciones de los pluralistas y elitistas han girado así en torno a una única forma posible de estructuración del poder, que además no es, probablemente, la más importante dentro de las complejas sociedades modernas.

Poca es la ayuda que nos brinda la observación de que, aparte de la intervencionalidad de los miembros de los grupos cohesivos de poder, existe otro tipo de identidad interpersonal que consiste en la comunidad de ideas, en el consenso sobre los valores¹⁰, puesto que en las sociedades contemporáneas ese consenso es extremadamente general y abstracto, y todavía no se ha explicado con exactitud cómo aparece, cómo funciona ni cómo se conserva¹¹. Falta explicar también la manera en que las diversas formas de, “poder consensual” modelan las, vidas, de la gente y dan origen a determinadas estructuras y relaciones sociales objetivas.

Bachrach y Baratz¹², y más recientemente Lukes¹³, han formulado importantes críticas metodológicas, del pluralismo, introduciendo los conceptos institucionales de “movilización tendencial”, “ausencia de toma de decisiones”¹⁴ y, en el caso de Lukes, conflictos latentes y efectos de la inacción¹⁵. Pero no se ocupan del problema del “poder sobre”. La orientación subjetivista de estos-autores parece descartar cualquier solución

¹⁰ Robert Dahl ha escrito: “La actividad Política democrática es meramente la cáscara, la manifestación superficial, un exponente de conflictos superficiales. Antes de la política, bajo ella, envolviéndola, imitándola, condicionándola, está el consenso subyacente de un sector predominante de los miembros políticamente activos”, *A preface to democratic theory*, Chicago, 1956, p. 132. Pero ¿y si el “consenso” es la manifestación superficial de alguna otra cosa que “envuelve”, “limita” y “condiciona” tanto al consenso como a la política electoral?

¹¹ Este es el punto débil de la crítica, por lo demás correcta, que formula Ralph Miliband de la tesis pluralista (*The state in capitalist society*). Miliband soslaya el análisis de las variantes en las que ni las personas que forman el gobierno ni las capas más altas del aparato administrativo son reclutadas, fundamentalmente, en las filas de la élite económica. En estos casos Miliband se contenta con remitirnos a la ideología de los dirigentes políticos como parte del consenso burgués. (Véase capítulo 4, parte IV.) Aunque nos brinda ciertos datos empíricos y sugerencias para estudiar el problema, éste permanece en lo esencial fuera del ámbito de su procedimiento de análisis. Para analizar las democracias burguesas avanzadas, así como los regímenes reformistas, fascistas y militares, parece indispensable elaborar un modelo más complejo que el de Miliband. Análogamente. el valioso trabajo de William Domhoff acerca de los antecedentes y relaciones de los políticos y funcionarios norteamericanos con la alta burguesía y acerca de la cohesión de los estratos más altos de la burguesía de EEUU, se vería grandemente mejorado si fuera acompañado de una conceptualización mucho más elaborada y de un análisis de la estructura de poder y del desarrollo contradictorio de la sociedad norteamericana.

¹² Bachrach y Baratz, *op. cit.* Véanse también sus artículos “The two faces of power” y “Decisions and non-decisions: an analytical framework”, en APSR, vols. 56 y 57 (1962 y 1963), respectivamente.

¹³ Lukes, *op. cit.*

¹⁴ Una no decisión denota “una decisión que conduce a la eliminación u obstrucción de un reto, latente o abierto, a los valores o intereses de quien toma las decisiones”, Bachrach y Baratz, *op. cit.*, 1970, p. 44.

¹⁵ Lukes, *op. cit.*, capítulos 4 y 7. El autor se basa en el trabajo de Creson (*op. cit.*).

basada en las teorías del elitismo. Aunque sus refinados métodos son aptos para explorar manifestaciones profundas de la dominación de las élites, difícilmente pueden descubrir estructuraciones sociales del ejercicio del poder que no sean las correspondientes a un sujeto del poder unificado. En el caso de Bachrach-Baratz, esta limitación está claramente implícita en su concepción del poder como relación interpersonal entre A y B, así como –en conceptos vinculados con esta concepción¹⁶. Por lo que se refiere a Lukes, sus preocupaciones morales por la responsabilidad lo empujan a no tener en cuenta las formas impersonales de dominación, para concentrarse en aquellos casos en los que hay sólidas razones para suponer que el sujeto del poder podía haber actuado de forma diferente a como lo hizo. A este propósito establece, de hecho, una distinción entre poder y destino¹⁷. En consecuencia, para Lukes el poder debe analizarse también primariamente con vistas a descubrir sus sujetos, ejecutores identificables, libres y responsables de actos (y de no actos). Parece permanecer encerrado en su alternativa pluralismo/elitismo: o una élite unificada o élites y grupos dirigentes diversos (sigue siendo poco claro, además, cómo la interrelación de estos grupos funciona como una relación de poder sobre otros, a no ser que ellos mismos sean conscientes de la conexión que existe entre ellos).

Marx abrió una salida al impasse pluralismo/elitismo, pero ha pasado casi completamente desapercibido para los sociólogos y los científicos políticos, e incluso para los que, de manera más o menos crítica, aluden explícitamente a las doctrinas de Marx. La radical novedad del enfoque marxiano parece haber quedado casi sumergida por los tratamientos y las reinterpretaciones subjetivistas. Marx mantenía que el estudio de una determinada sociedad no debe centrarse sólo en sus sujetos o en su estructura, sino también, y al mismo tiempo, investigar sus procesos de reproducción. Es significativo que sea al examinar estos últimos procesos cuando Marx analiza las relaciones de explotación y dominación de clase.

La producción capitalista, por tanto, bajo su aspecto de proceso conectado y continuo, no sólo crea mercancías y plusvalor, sino que produce y reproduce la propia

¹⁶ Bachrach y Baratz, *op. cit.*, 1970, capítulo 2.

¹⁷ Lukes, *op. cit.*, pp. 55-6 Véase Marx: “No pinto de color de rosa, por cierto, las figuras del capitalista y el terrateniente. Pero aquí sólo se trata de personas en la medida en que son la personificación de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase. Mi punto de vista, con arreglo al cual concibo como un proceso de historia natural el desarrollo de la formación económico-social, menos que ningún otro podría responsabilizar al individuo por relaciones de las cuales él sigue siendo socialmente una creatura, por más que subjetivamente pueda elevarse sobre las mismas.” *Capital, I*, Penguin/NLR, 1976, p. 92 [*El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1975-79, 8 vols., I, p. S]. Naturalmente, la tesis de Marx no implica que el poder del capitalista sea una especie de destino que hay, que aceptar, sino que, por el contrario, puede ser combatido y eliminado. Lo que sí dan a entender sus palabras, sin embargo, es que no tiene mucho sentido acusar a los capitalistas de comportarse como capitalistas. Para Marx, el arma de la crítica se sustituye por la crítica de las armas, es decir, por la lucha de clases en todas sus formas.

relación del capital: “por un lado, *el capitalista*; por el otro, *el asalariado*”¹⁸. Al refutar las concepciones subjetivistas del intercambio de mercado que prevalecían en la economía del siglo XVIII y XIX, Marx también hizo una crítica *ante diem* de los sociólogos del siglo xx al decir: “El aspecto de la cosa es totalmente diferente, por cierto, cuando examinamos la producción capitalista en la fluencia ininterrumpida de su renovación y tomamos en cuenta, en vez de al capitalista singular y al obrero singular, a la totalidad, a la clase capitalista y, frente a ella, a la clase obrera. Pero con esto aplicaríamos una pauta que es totalmente extraña a la producción de mercancías”¹⁹.

Desde la perspectiva de la reproducción, la cuestión dominante en todos los enfoques subjetivistas del estudio del poder –¿quién domina, una élite unificada o grupos dirigentes en competencia? ¿Coincide la élite económica con la élite política o la controla?- se ve desplazada por otras cuestiones: ¿qué tipo de sociedad y de relaciones de producción básicas están siendo reproducidas? ¿Por qué mecanismos? ¿Qué papel desempeñan la estructura y las acciones o las no acciones del Estado (o del gobierno local) en este proceso de reproducción? ¿Le favorecen, permiten meramente que tenga lugar, o se oponen activamente a él?

El análisis de la reproducción nos permite explicar cómo pueden estar interrelacionados los diferentes momentos del ejercicio del poder dentro de la sociedad, aun cuando no exista una conexión interpersonal consciente. Están unidos entre sí, en realidad, por sus efectos reproductivos. Por ello, unas determinadas relaciones de producción pueden ser reproducidas –o favorecidas o permitidas, por la intervención del Estado- aun en el caso de que la clase explotadora (dominante), tal como la definen esas relaciones, no “controle” el gobierno en ninguno de los sentidos convencionales de esta expresión. El hecho de que se reproduzca una forma específica de explotación y dominación constituye a esta forma en un ejemplo de dominación de clase. La importancia de esta reproducción en el ejercicio del poder dentro de la sociedad queda clara con ese ejemplo.

Apéndice para sociólogos: clases y poder en Max Weber

Con objeto de elucidar la índole distintiva de la *démarche* de Marx y posibilitar su comparación dentro de un contexto sociológico, tal vez resulte útil dar un vistazo de nuevo a la fuente clásica, y todavía muy importante, del antimarxismo sociológico en lo referente a las clases, el poder y la estratificación, es decir, al tratamiento por Max Weber de estos

¹⁸ Marx, *op. cit.*, p. 724 [p. 712].

¹⁹ *Ibid.*, p. 732 [p. 724].

problemas en *Economía y sociedad*. No nos proponemos emprender aquí un análisis total de esta temática, sino sólo explicar la relación existente entre la problemática marxista y el objeto de la preocupación de Weber en los textos citados²⁰. Decimos “textos”, en plural, porque *Economía y sociedad* estudia dos veces el problema de las clases, los estamentos y el poder; tanto en la primera parte, en donde aparece el sistema conceptual de Weber, como en la segunda parte, que, aun cuando fue escrita con anterioridad, contiene una elaboración de dicho sistema²¹. Los conceptos de Weber se van presentando separadamente: los partidos en el capítulo 3 sobre la *Herrschaft*; los estamentos o “grupos de estatus” (*Stände*) y las clases en un cuarto capítulo aparte. Más tarde, sin embargo, vuelven a estudiarse conjuntamente en un solo apartado del capítulo dedicado a las comunidades políticas.

En una de las mejores introducciones que existen a la obra de Weber, Gerth y Mills escriben acerca de su concepto de clase: “Al localizar el problema de las clases en el mercado y en los flujos de ingresos y propiedad, Weber apunta hacia la producción y su unidad moderna, la empresa capitalista”. Los autores dan a entender que Weber está de acuerdo con Marx en esta cuestión, y a continuación indican lo que ven como aportación adicional de Weber al respecto: “Gracias a esta tajante distinción entre *clase y estatus*, y a su diferenciación entre tipos de clase, y tipos de grupos de estatus, Weber logra refinar los problemas de estratificación en un grado no superado hasta el momento”²². Giddens nos ofrece una, visión similar, en lo esencial, de Marx y Weber, si bien el autor formula ciertas críticas contra Weber y sus teorías respecto a las clases. Giddens piensa, asimismo, que los dos teóricos tenían la misma idea del mercado: “Para clarificar algunas de estas cuestiones podemos partir de la premisa, fundamental tanto para Marx como para Weber, de que en el capitalismo el mercado es intrínsecamente una estructura de poder, en la que la posesión de ciertos atributos da ventaja a algunos grupos de individuos con respecto a otros”²³. Según, Giddens, “hay dos aspectos principales en los que el análisis [de Weber] difiere del *modelo abstracto* de Marx sobre las clases. El primero se refiere a la diferenciación entre *clase, estatus y partido*; el segundo [...] igualmente importante [...], es que, aunque Weber utiliza para ciertos fines un modelo dicotómico que en ciertas

²⁰ En mi *Science, class and society* (*op. cit.*), he procurado situar el núcleo teórico y el contexto histórico de la sociología de Weber.

²¹ Max Weber, *Economy and society*, Nueva York, 1968, pp. 481-88, 500-17, 926-38 [*Economía Y sociedad*, México, FCE, 1964].

²² H. Gerth y C. W. Mills, comps., *From Max Weber*, Nueva York, 1958, p. 69 [*Ensayos de sociología contemporánea*, Barcelona, Martínez Roca, 1972].

²³ Giddens, *op. cit.*, pp. 101-102. Véase una opinión similar en Frank Parkin, *Class, inequality and political order*, Londres, 1971, p. 31.

características generales se parece al de Marx, su punto de vista subraya enérgicamente una concepción pluralista de las clases²⁴.

Con todo, para entender la visión weberiana de la estratificación y el poder, y compararla con la de Marx, es esencial tener en cuenta que el concepto de capitalismo de Weber tiene su origen en fuentes muy diversas: la economía marginalista austriaca, el historicismo alemán y, algunos elementos del análisis marxista (especialmente la atención que éste, presta al sistema económico histórico, llamado capitalismo)²⁵. Uno de los efectos de esta interesante combinación de influencias es la tendencia de los lectores de nuestra época a creer que las palabras de Weber que poseen un sonido marxista, tales como clase o capitalismo, denotan conceptos marxianos.

Como Gerth-Mills y Giddens indican con toda razón, Weber define las clases en función de la posición que ocupan en el mercado. Weber subraya: “No obstante, corresponde siempre al, concepto de clase el hecho de que las; probabilidades que se tienen en el *mercado* constituyen el resorte que condiciona el destino del individuo. La “situación de clase” significa últimamente, en este sentido, la “posición ocupada en el mercado”²⁶. Ahora bien, si nuestra capacidad de visión ha sido agudizada suficientemente a lo largo de un difícil proceso social, basta con leer los primeros capítulos de *El capital* para darse cuenta de que el análisis de Marx va por un camino muy distinto. Hacia el final del capítulo 4, Marx escribe: “El consumo de la fuerza de trabajo, al igual que el de cualquier otra mercancía, se efectúa *fuera del mercado o de la esfera de la circulación*. Abandonamos, por tanto, esa ruidosa esfera, instalada en la superficie y accesible a todos los ojos, para dirigimos, junto al poseedor de dinero y al poseedor de fuerza de trabajo, siguiéndoles los pasos, hacia la oculta *sede la producción*, en cuyo dintel se lee: “Prohibida la entrada, salvo por negocios”. Veremos aquí no sólo *cómo el capital produce*, sino también *cómo se produce el capital*”²⁷.

El punto central del análisis de Marx no es el mercado ni las relaciones de circulación, sino las relaciones de producción. Su concepto de las clases no se basa en su poder de negociación en el mercado, sino en su función como agentes o “soportes” de las relaciones de producción dentro del proceso social de reproducción y cambio. En opinión de Marx, para entender las características de las dos clases principales de la sociedad

²⁴ Giddens, *op. cit.*, p. 42. Los subrayados son míos.

²⁵ Therborn, *Science, class and society*, pp. 270, ss.

²⁶ Weber, *Economy and society*, p. 928 [p. 684]

²⁷ Marx, *op. cit.*, pp. 279-80 [pp. 213-214]

capitalista es necesario comprender la “ley del movimiento” del capital y del trabajo asalariado²⁸. Marx sólo acomete la exposición del concepto de clase tras haber escrito cincuenta y un capítulos; y, como es bien sabido, esta exposición constituye tan sólo un borrador inacabado.

Por el contrario, para Weber, las clases no son agentes de ningún mecanismo socioeconómico específico, sino sujetos del mercado (aunque sólo parcialmente conscientes de su identidad común), cuyas oportunidades de negociación están determinadas por las diferentes propiedades o adquisiciones de las que disponen. En consecuencia, la clase a la que pertenece A es función de la pregunta: *¿cuánto tiene?* (es decir, ¿de qué magnitud son sus recursos en el mercado?), mientras que para Marx, el factor crucial es la pregunta: *¿qué hace?*, *¿cuál es su posición en el proceso de producción?* El interrogante de Weber responde, a su vez, a lo que para él constituye el problema primario de las clases sociales: *¿Cuánto es probable que obtenga?* (es decir, ¿qué probabilidades tiene de “conseguir bienes”, de “lograr una posición en la vida”, de “realización personal”?²⁹). Marx plantea el problema de otra manera: *¿qué es probable que haga?*, ¿conservará en lo esencial la sociedad existente o la cambiará?³⁰

El concepto weberiano de estamento ha de entenderse a la luz de su definición de las clases en términos estrictamente de mercado. Para Weber, la clase y el estamento no son, en realidad, dos dimensiones distintas de la estratificación, relativas, respectivamente, a la situación económica y al estatus social, sino más bien cosas opuestas. Los estamentos tienen su origen en las sociedades no capitalistas, son contrarios a la racionalidad del mercado y su supervivencia en el mundo moderno entorpece el libre desarrollo del capitalismo. “En cambio, una pluralidad de hombres cuyo destino no esté determinado por las probabilidades de valorizar en el mercado sus bienes o su trabajo –como ocurre, por ejemplo, con los esclavos-, no constituye, en el sentido técnico, una “clase” (sino un “estamento”)³¹ “Mientras las *clases lucrativas* florecen sobre el suelo de la economía de mercado, los estamentos nacen y subsisten preferentemente sobre el suelo de las asociaciones con economía de consumo litúrgico-monopolista, feudal o

²⁸ “Estas clases son [...] una palabra huera si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, p. ej., el trabajo asalariado, el capital, etc.” Karl Marx, *Grundrisse*, Penguin/NLR, 1973, p. 100 [*Elementos fundamentales de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1972-1976, 3 vols., vol. 1, p. 21].

²⁹ Weber, *op. cit.*, p. 302 [p. 242].

³⁰ A partir de *La ideología alemana* y del *Manifiesto Comunista*, el concepto de clase y de lucha de clases de Marx se fue desarrollando por oposición al idealismo alemán y al socialismo utópico. Un elemento esencial de esta nueva concepción fue el descubrimiento de agentes y mecanismos de cambio social que superaban y trascendían a los intelectuales bien intencionados, a los conspiradores secretos, a la educación o a los golpes de Estado; concretamente, las propias clases oprimidas y sus luchas contra sus explotadores.

³¹ Weber, *op. cit.*, p. 928 [p. 684].

patrimonial-estamental.” Un determinado grupo puede ser a la vez una clase y un estamento, y Weber subraya que “los estamentos, a tenor de su centro de gravedad, se forman frecuentemente por clases de propiedad”. Pero a continuación llega a su principal razonamiento al decir: “Toda sociedad estamental es *convencional*, ordenada por las reglas del tono de vida; crea, por tanto, condiciones de consumo económicamente irracionales e impide de esa manera la formación del mercado libre por la apropiación monopolista y por eliminación de la libre disposición sobre la propia capacidad adquisitiva”³². En la segunda parte de *Economía y Sociedad*, en el apartado dedicado a clases, estamentos y partidos, Weber nos dice: “Ahora bien, constituyen un obstáculo para la consecuente realización del principio estricto del mercado los llamados “estamentos”, los cuales nos interesan, por lo pronto, sólo desde este punto de vista”³³.

En términos marxistas, la distribución del honor estamental representa una dimensión del funcionamiento de la ideología dentro de la sociedad. Por ejemplo, Frank Parkin ha mostrado que la mencionada distribución no responde “a las valoraciones morales del conjunto de la población [...], sino fundamentalmente a las valoraciones de los miembros de la clase dominante”³⁴. La observación es válida, pero lo esencial en este contexto es lo siguiente: la dicotomía weberiana entre clase de mercado y honor estamental, que procede de la dicotomía entre feudalismo y capitalismo en cuanto tipos económicos ideales neoclásicos, entorpece un análisis del funcionamiento de la ideología en las sociedades de clase capitalistas. Por una parte, la ideología desempeña un papel intrínseco y central en la reproducción y en las luchas de clases de la sociedad capitalista, y no un papel externo y disfuncional como sugiere la concepción weberiana, inspirada en el marginalismo, de la racionalidad capitalista. Por otra parte, parece haber poca base para suponer *a priori* que el papel efectivo de la ideología es reducible a la estratificación del prestigio, o incluso para suponer que esta última tiene mayor importancia que, por ejemplo, la estructuración de la visibilidad de los logros y las recompensas, la formación de la auto confianza y las aspiraciones individuales y colectivas, o la canalización del descontento. Desde un punto de vista marxista podría argüirse, por consiguiente, que *la distinción de Weber entre clase y estamento* no atribuye una importancia excesiva, sino más bien excesivamente pequeña al papel de los valores sociales en el análisis de las clases.

³² Weber, *op. cit.*, p. 307 [p. 246].

³³ Weber, *op. cit.*, p. 930 [p. 686].

³⁴ Parkin, *op. cit.*, p. 42.

«Ahora bien, los fenómenos de la distribución del poder dentro de una comunidad están representados por las “clases”, los “estamentos” y los “partidos”»³⁵ Las famosas páginas de Weber acerca de las clases, los estamentos y los partidos giran en torno a una tipología de los sujetos del poder. No tiene nada de sorprendente, por tanto, que sean un ejemplo de la fatal debilidad del enfoque subjetivista que señalamos anteriormente. A primera vista podría parecer que lo que nos ofrece Weber es una visión atractiva, circunspecta y llena de sentido común, del lugar que ocupan los partidos en la “esfera del poder”: «En algún caso especial [los partidos] pueden representar intereses condicionados por la “situación clasista o estamental” y reclutar a sus seguidores de acuerdo con ellos. Pero no necesitan ser puros “partidos de clase” o “estamentales”; casi siempre lo son sólo en parte, y con frecuencia no lo son en absoluto»³⁶. Aunque Weber concibe la política como una: actividad de “interesados”, señala que «en esto no nos referimos al concepto de interesados “económicos” se trata de ‘interesados políticos, o sea, ideológicamente o en el poder orientados como tales’»³⁷.

El resultado de esta visión de los partidos y el poder está -óptimamente ejemplificado por el examen que hace Weber de los diferentes tipos de partidos (vistos como sujetos que buscan o conservan el poder). «Pueden tomarse como ejemplos clásicos de puros partidos de patronazgo en el Estado *moderno* a los dos grandes partidos norteamericanos en estas últimas generaciones. Ejemplos de partidos con fines objetivos o con una “concepción del mundo” se nos ofrecen en los antiguos conservadores, los antiguos, liberales y la antigua democracia burguesa, posteriormente en la “socialdemocracia” –en todos ellos con una fuerte dosis de *intereses* de clase- y en el partido [católico] del centro [en Alemania]; este último, desde que logró casi todas sus pretensiones, se fue transformando muy marcadamente en un puro partido de patronazgo»³⁸.

Este enfoque de los partidos políticos es consecuencia, más o menos directa, de la concepción weberiana de la sociología como intento de comprender el significado subjetivo que los individuos dan a sus acciones³⁹. Desde luego, no nos ayuda mucho a entender el fenómeno del poder dentro de la sociedad, saber que los partidos norteamericanos son organizaciones de puro patronazgo, o que los políticos llegan al gobierno a través de partidos que “prácticamente pueden dirigirse, oficialmente o de hecho, de un modo exclusivo

³⁵ Weber, *op. cit.*, p. 927 [p. 683].

³⁶ *Ibid.*, p. 938 [p. 693].

³⁷ Weber, *op. cit.*, p. 285 [p. 229].

³⁸ *Ibid.*, p. 287 [p. 231].

³⁹ *Ibid.*, pp. 4,7 [pp. 5, 9].

al logro del poder para el jefe y la ocupación de los puestos administrativos en beneficio de sus propios cuadros (partidos de patronazgo)⁴⁰, no nos informa en absoluto sobre el tipo de sociedad que dichos partidos contribuyen a conservar y desarrollar. El método weberiano elude completamente el análisis de lo que los partidos hacen de hecho con su patronazgo y, por consiguiente, no nos aclara los problemas de la distribución del poder, ni en el período siguiente a la guerra civil en los Estados Unidos (la época de los *robber barons*, la aparición del populismo y los orígenes del imperialismo norteamericano), ni en la Alemania de Weimar (en la que el partido del centro representaría un papel específico dentro de, la coalición de partidos).

⁴⁰ *Ibid.*, p. 285 [p. 229].